

Tomar el hospital para servir al pueblo: transcripción de una entrevista videograbada a la activista Cleo Silvers

Carolyn Chu

A finales de los años 60s surgió un esfuerzo excepcional de Salud Pública alrededor del Hospital Lincoln (uno de los hospitales de la Ciudad de Nueva York más escasos de personal). Cleo Silvers (voluntaria del AmeriCorps) pronto se convirtió en una organizadora clave del Sur del Bronx. En esta entrevista ella relata la lucha de la comunidad por mejorar las condiciones del Lincoln, establecer los derechos de los pacientes y desarrollar una mayor presencia en el hospital.

Cleo Silvers, activista del Programa de Medicina Social en el Hospital Montifiore

Soy originaria de Filadelfia, en Pensilvania, pero no propiamente de la ciudad, de hecho, crecí en las afueras, en un área subdesarrollada al sudoeste de Filadelfia, cerca del aeropuerto. Crecí en una comunidad interesante, también con un trasfondo interesante, porque era una comunidad integrada. Había nativo-americanos, gitanos, polacos, inmigrantes y una comunidad de afroamericanos que decidieron dejar el sur poco después de la esclavitud. Así que tuve la oportunidad de crecer en un contexto no del todo segregado.

Vista [AmeriCorps] era a dónde acudían los jóvenes después de dejar la universidad o cuando decidían dedicar un año a atender a las comunidades pobres, aquí, en los Estados Unidos. Hete aquí que yo fui la primera mujer negra voluntaria de Vista.

Fui capacitada por la escuela de organización de Saúl Alinsky; su organización había sido contactada por Vista para capacitar a los voluntarios, yo fui capacitada en Baltimore, en la Universidad Pratt. La primera tarea de la capacitación fue la de trabajar en un poblado ubicado fuera de Baltimore llamado Cherry Hill, contaba entonces con toda clase de proyectos y condiciones deprimidas y horribles; parecía que los padres no se ocupaban mucho de sus hijos. Quedé consternada: ¿Acaso los padres no acudían a la escuela para ver lo que ocurría ahí? Desde luego, parte de mi tarea era la organización de los padres, así que junto con otros voluntarios de Vista tocamos de puerta en puerta. Hicimos este plan y volvimos, los capacitadores verdaderamente nos guiaron paso a paso en el trabajo que estábamos llevando a cabo. Se aseguraron de que no estuviéramos imponiendo nuestra propia mirada sobre la comunidad pero, al mismo tiempo, que entendiéramos realmente cuáles eran las condiciones y que estuviéramos llevando a cabo un análisis, estudiando y realizando las encuestas. Nosotros hicimos todo esto, pero lo más importante es que tuve la oportunidad de tocar en las puertas y hablar con los padres de los niños que conocí en la escuela y decirles: “Esto es lo que su hijo está haciendo, estas son las condiciones, estos son los historiales y usted debería venir a la escuela y hablar con el director”.

^a El video puede consultarse en:

<http://video.google.es/videoplay?docid=-7238979509265132165&hl=es>

Para mí fue una experiencia interesante, aprendí mucho sobre cómo organizar a una comunidad; aprendí también qué tan efectiva podía ser como organizadora comunitaria porque los padres empezaron a ir a la escuela a hacer preguntas, comenzaron a querer saber porqué la educación de sus hijos no era mejor.

Dejé este proyecto y me asignaron al Sur del Bronx, allí el 60% de los habitantes eran puertorriqueños y el 40% afroamericanos, debido a que también aquí habían desarrollado un enclave. El 25% de la población era adicta a la heroína; las condiciones de vivienda eran absolutamente alucinantes, horrendas, espero que entiendas lo que quiero decir. Muchas veces en invierno no había calefacción o agua caliente, eran vecindades de cinco o seis pisos, los techos tenían hoyos, era frecuente que no hubiera agua corriente, las ratas eran muy grandes. La gente cree que bromeamos, pero no, las ratas eran inmensas, hubo tantas quejas de bebés mordidos por ratas en sus cunas que en un punto empezamos a recolectar las ratas en botellas de los departamentos y casas de las personas. El envenenamiento por plomo era otro problema grave porque toda la pintura estaba contaminada con esta sustancia. Uno entraba a los departamentos y podía ver una capa gruesa de pintura en la pared que se estaba desconchando, sabiendo nosotros que tenía plomo, pero los niños se la llevaban a la boca y la comían. En este periodo el envenenamiento por plomo era una enfermedad increíblemente seria y no había leyes en contra del uso de pintura con plomo.

El Sur del Bronx era el distrito electoral de los Estados Unidos con el ingreso *per capita* más bajo, ni siquiera Mississippi tenía un ingreso menor. Hasta donde yo sé todavía es el distrito electoral con el menor ingreso *per capita*. Todo esto fue un shock, un “shock cultural”, de hecho, sí experimenté un shock cultural al venir al Sur del Bronx.

Estábamos patrocinados por la Iglesia de San Anselmo (que todavía es una iglesia), también la estábamos por la Autoridad de la Vivienda de la Ciudad de Nueva York. El trabajo que debíamos realizar era la promoción de códigos para las viviendas, los inspectores que nos fueron

asignados para esta tarea eran seres fabulosos y maravillosos, nos enseñaron a realizarla, como tocar a la puerta de las personas y responder a las quejas que recibíamos sobre las condiciones de la vivienda en toda la Ciudad de Nueva York, particularmente, en el Sur del Bronx.

Yo no nada más estaba trabajando sola, sino que era parte de un grupo pequeño, había toda clase de grupos comunitarios. Yo estaba ahí, a sus pies, aprendiendo cómo organizar a la gente de la comunidad, se trataba de organizaciones increíbles como los Padres Unidos del Sur del Bronx (*United South Bronx Parents*) y otras organizaciones dentro de las que me volví muy activa.

Después de terminado mi año fui contratada por el Hospital Lincoln. Probablemente durante mi segundo día en el Sur del Bronx me dijeron que el Hospital Lincoln era una “carnicería”, conocí a mucha gente, me presentaron al sacerdote y al líder comunitario y una de las cosas que la gente siempre me dijo, así, de la nada, es: “Por favor, no te vayas a enfermar, porque el Hospital Lincoln es una carnicería, pero es el único lugar al que podemos acudir”.

El tiempo de espera en la sala de emergencias del Hospital Lincoln era de diez a setenta y dos horas y había una enorme cantidad de gente que se resfriaba, se enfermaba. Había también mucha violencia en la comunidad, muchos apuñalamientos, sobre todo en los fines de semana, muchos balazos, muchos niños atropellados por autos, ancianos enfermándose, ataques cardíacos, todo tipo de enfermedades. Las enfermedades que afligen a nuestra sociedad, pero concentradas en la sala de emergencia que se encontraba en un edificio terriblemente cuidado, que parecía que se desmoronaba. Desde luego, la historia del Hospital Lincoln es que era un lugar de reposo para los esclavos que en el siglo XIX, había sido declarado no habitable, pero luego se volvió a abrir para ser tan amable como le fuera posible. Era una situación terrible.

Lo que no sucedía en los pisos, en las salas de operación, los diferentes departamentos, el departamento de pediatría, de obstetricia/ginecología y de cuidados intensivos... Las historias que sobre estos lugares contaban los

ayudantes de enfermería, los camilleros, incluso algunos de los doctores (a quienes les importaba por lo menos un poco) eran casi increíbles...Tienes que recordar que el Hospital Lincoln era una clínica en la que practicaban alumnos de la Escuela de Medicina “Albert Einstein”, es decir, nos usaban como conejillos de indias. Es cierto, básicamente usaban a la gente de la comunidad como conejillos de indias.

Así que decidimos instalar una mesa de quejas en la sala de emergencias, misma que sería atendida 24 horas al día. Teníamos una mesa de quejas abierta las 24 horas en la que se documentaban los problemas. Documentamos por un tiempo y luego actuamos como defensores de la gente de la sala de espera. Todo esto transcurrió en cerca de un mes. Finalmente logramos acumular más de 4,000 quejas. Por supuesto, siempre hubo una lucha con respecto a si la mesa era legal o si se nos era permitido estar ahí o si se nos echaría. Yo, en lo particular, fui expulsada muchas veces con todo y mesa. La administración del hospital argumentaba “ustedes no pueden simplemente entrar aquí e instalar una mesa de quejas”. Nosotros no veíamos porqué no, así que éramos expulsados, muchas veces simplemente regresábamos o los guardias de seguridad nos dejaban entrar, ellos pensaban que era una buena idea.

Entrábamos y nos instalábamos, la administración llamaba y ordenaba “échenlos”, después, regresábamos, era una especie de ir y venir interesante, algo divertido.

Como resultado de esto tuvimos la oportunidad de tomar la pila de quejas que era bastante alta y usarla como herramienta de negociación y punto de discusión con la administración del hospital y presentar las demandas de lo que creíamos eran cambios necesarios en la calidad y el carácter de la atención que estaba siendo proporcionada.

A estas alturas la comunidad ya estaba enardecida y lista para luchar, se trataba de una oportunidad para los *Young Lords*, una organización aliada al HRUM (*Health Revolutionary Unity Movement*, Movimiento Unido Revolucionario por la Salud), que había surgido del Comité “Piensa Lincoln” (*Think Lincoln Committee*).

El Comité “Piensa Lincoln” estaba vinculado con trabajadores del Hospital Gouverneur, quienes realizaban una lucha similar en el este de la ciudad. Fuimos presentados a ellos por los *Young Lords*, así es como el HRUM empezó.

Luego elaboramos el plan para tomar al Hospital, contábamos con una gran cantidad de quejas y demandas, así que exigíamos un cambio en el modo en que la atención a la salud estaba siendo brindada a la comunidad. En esto consistía la toma del Hospital.

Mientras todo esto ocurría, yo, por supuesto, seguía activa como trabajadora de salud comunitaria. Una de las cosas a las que los trabajadores de salud mental comunitaria se veían enfrentados era con la adicción a las drogas. De manera simultánea, yo había ingresado al Partido Panteras Negras y me encargaba de vender periódicos cerca de donde trabajaba, es decir, el Hospital Lincoln. Esta calle en particular parecía ser donde se juntaban los drogadictos, todos eran muy inteligentes, sensibles, artistas... Si no hubieran sido adictos a las drogas, serían el tipo de persona de las que te gustaría estar rodeado.

Pensé mucho sobre lo que podríamos hacer para cambiar esto, hablé con algunos de los doctores y trabajadores de salud del departamento de psiquiatría, todos me dijeron que el 25% de las personas que vivían en ese momento en el Sur del Bronx eran adictas a la heroína. Además, como pasaba mucho tiempo en la calle, pude ver de dónde venían las drogas, noté que, muchas veces, eran vendidas en una calle particular por la misma policía. En efecto, las drogas eran vendidas dentro de una patrulla de la policía, se trataba de policías corruptos. Lo que hacían era tomar cualquier excedente que recibían de la confiscación y lo vendían desde su patrulla.

Panamá Alba, un drogadicto de 15 años de edad, pasaba mucho tiempo en la misma esquina, yo solía pedirle que se saliera de mi camino mientras vendía mis periódicos. Era una de las personas que pensaba que se podía salvar, se trataba de un chico absolutamente hermoso, pero tenía sólo 15 años y ya era adicto a la heroína. Se juntaba con algunos drogadictos mayores. Yo pensaba “esto simplemente no puede ser”. Tuvimos varias

conversaciones y le dije: “El sistema te ha hecho adicto a estas drogas. Si no crees en el sistema porqué aceptas lo que el sistema está tratando de hacer de ti, que es matarte... Te puedes morir de una sobredosis de heroína en cualquier momento. Mira lo que está sucediendo aquí...” Y vio, junto a mí, que los policías estaban vendiendo drogas desde su patrulla.

Ya habíamos investigado el hecho de que no había ningún programa de rehabilitación en el Sur del Bronx, a pesar de que muchas personas de la comunidad eran adictas. El único tipo de programa que existía era uno de mantenimiento con metadona. Para nosotros, la rehabilitación significaba dejar las drogas de manera completa. Por otro lado, yo había estado leyendo un panfleto escrito por Michael "Cetewayo" Tabor y publicado por el Partido de las Panteras Negras, el panfleto tenía como título “Capitalismo + drogas = genocidio”. Lo utilizamos como base para determinar que podíamos lograr un cambio innovador y diseñar un programa que ayudaría a la gente a superar la adicción a la heroína y volverla activa dentro de la comunidad.

Queríamos transmitir a la gente la sensación de su urgencia e importancia, así que nuestra idea fue: ¿Por qué no tomamos el auditorio del Centro de Salud Mental y demandamos la puesta en marcha el programa? Pero, antes de hacer esto, debíamos de haber hecho algo de trabajo para demostrar que es esto era posible. Así que tomamos a Panamá y a otros tres drogadictos, los desintoxicamos con mi ayuda, la de doctores y enfermeros en mi apartamento, utilizando Valium y Librium para que no dejara la heroína de manera súbita, incluso comenzamos a discutir la posibilidad de utilizar acupuntura.

Así que después de que tomamos el auditorio y lo ocupamos por una o dos semanas, las autoridades finalmente cedieron. Por supuesto, este evento estuvo cubierto por todos los periódicos: unos chicos locos demandan un programa de rehabilitación. Se llevó a cabo una discusión de estira y afloja acerca de las posibilidades y las probabilidades de éste, de si se trataba de un tema válido. Por supuesto que lo era. Aceptaron.

Contratamos a un doctor, la tasa de reincidencia era tan baja que todos estaban sorprendidos. Utilizamos acupuntura y educación política. Explicamos a la gente que, políticamente, era de su propio interés mantenerse lejos de las drogas y contribuir a la comunidad. Muchos de las personas adictas, que eran drogadictos y participaron en el inicio del programa de desintoxicación del Hospital Lincoln, ahora son activistas comunitarios, se han mantenido “limpios” y comprometidos con la comunidad.

Empezamos programas callejeros de medicina preventiva a domicilio. Esta es otra cosa de la que estoy muy orgullosa: iniciamos un programa que cubría la ciudad entera, en el que cada semana cubríamos una sección diferente de la ciudad de Nueva York. Nos juntábamos cuarenta o cincuenta personas con doctores y equipo e íbamos de puerta en puerta a realizar pruebas de tuberculosis, anemia, envenenamiento por plomo y diabetes. Tocábamos a la puerta y decíamos que nos encontrábamos realizando atención sanitaria preventiva, también asesorábamos a la gente sobre temas de nutrición. Realmente cubrimos diferentes comunidades, el Lado Este Bajo, el Este del Harlem, el Sur del Bronx y el Harlem Central (*Lower East Side, East Harlem, South Bronx y Central Harlem*), era un programa increíble.

El hecho es que no siempre se trata de lo que tienes, sino de reconocer la necesidad de hacer algo y cambiarte a ti mismo de manera continua, cambiar junto con la sociedad para que no rezagar a las personas. El otro punto es reconocer que como organizador no se trata de ti, se trata de la gente a la que atiendes y empoderas. Esa es tu labor: empoderar a los otros. No es pensar que tú eres el que está consiguiéndoles algo. Tú no les consigues nada, si lo haces, no será sustancial, valioso y duradero. La gente tiene que conseguir lo que sea que necesita, a través del entender sus propias necesidades. En realidad, se trata de ser un educador y no de brindar cosas a la gente como caridad.

Cleo Silvers agradece al Dr. Mutulu Shakur, quien fue parte integral del programa de desintoxicación del Hospital Lincoln. Es uno de los primeros y más exitosos programas de rehabilitación que hayan existido en los Estados

Unidos. Además, es el producto de la protesta comunitaria más reconocido a nivel local

Esta película fue posible por la colaboración y la participación de Cleo Silvers. Fue producida por el Dr. Matt Anderson y la Dra. Carolyn Chu, del Programa de Residencias Médicas del Programa de Medicina Social del Hospital Montifiore

(Residency Program in Social Medicine del Hospital Montifiore). Las entrevistas con cámara fueron realizadas por la Dra. Carolyn Chu. El sonido y la edición estuvieron a cargo de Sarah Friedland, Bryanna Mantilla realizó la transcripción.



Medicina Social

Salud Para Todos